

ejemplo, creyeron estar cerca del Paraíso Terrenal. Buscaron El Dorado y de allí surgieron grandes mitos y nuevas nociones que transformaron la mente del mundo entero, porque la presencia de América no sólo tuvo unas consecuencias materiales, sino que cambió la mentalidad del mundo entero. A partir del 12 de octubre de 1492, el mundo entero empezó a ser Nuevo Mundo. Se formularon preguntas que el hombre nunca se había hecho antes. El hecho de llegar a las Antípodas planteó problemas desconcertantes para la noción que se tenía de lo que era la Tierra. ¿Cómo se podía estar con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo y no caer en el vacío? Planteó preguntas para las cuales no había respuesta por el momento y en la búsqueda de cuyas respuestas se creó prácticamente la ciencia moderna. Se hicieron preguntas sobre la sociedad europea que trajeron la Era de las Revoluciones. La idea de la revolución es una hija del Descubrimiento de América, como también lo es la teoría de Darwin o la visión de Copérnico.

Al final del siglo XVI, un fraile español, el Padre José de Acosta, escribió un libro, la *Historia natural y moral de las Indias*. Hace allí una descripción muy minuciosa, todavía muy grata de leer, en la que describe todo lo nuevo que habían hallado. Las plantas nunca vistas, los animales desconocidos, los nativos, tan diferentes de los europeos, sus religiones, sus creencias, sus costumbres, sus alimentos. De pronto se hace una pregunta desconcertante: ¿estos animales que estaban allí, estaban o no en el Arca de Noé? Una pregunta muy propia de un fraile y añade: si estaban en el Arca de Noé, ¿por qué desaparecieron del Viejo Continente?, y si no estaban en el Arca de Noé ¿cómo se crearon?, puesto que, en buena doctrina cristiana, hubo un solo acto de creación. Esa respuesta la iba a encontrar Darwin casi cuatro siglos más tarde. Como se ha dicho, con razón, la filosofía y la ciencia no son sino la respuesta a algunas preguntas adecuadas. Las preguntas estaban allí, solamente que el padre Acosta no podía dar la respuesta que Darwin en su tiempo pudo hallar.

Cuando Colón ve a los indios americanos escribe la famosa carta de 1493 a los Reyes Católicos. Describiendo esa primera visión dice que los indios vivían desnudos, no tenían propiedad, todo lo tenían en común, no conocían la guerra, las armas. Claro que sí las conocían, pero no eran espadas, ni menos armas de fuego, y por lo tanto le parecieron vivir en un estado de perpetua felicidad. Esa noticia circuló por Europa y asombró a los humanistas y surgió de allí otra pregunta: ¿qué ha pasado para que el hombre, que en Europa ha evolucionado de una manera tan trágica para crear un mundo de injusticia, de violencia, de miseria, de guerra, de desigualdades dolorosas, haya podido gozar en otra parte de la paz, la felicidad y la igualdad? ¿qué maldición cayó sobre Europa para malograrla? Cuando los hombres, antes del Descubrimiento de América, hablaban de un estado de felicidad o lo ponían en el remoto pasado de la Edad de Oro, o lo ponían en el incansable futuro, el Milenario o la vida eterna, pero aquí no, en la Tierra, que era el Valle de Lágrimas. Esa pregunta va a crear una crisis de conciencia en Europa; de ella sale la *Utopía* de Tomás Moro, que es una propuesta crítica de la sociedad inglesa contemporánea; esa pregunta per-

turba a Montaigne que observa: ¿qué hubieran dicho Platón y los grandes pensadores antiguos si hubieran sabido que había gente que vivía así, en la igualdad, en la felicidad, en la paz, en el bien, mientras nosotros vivimos en el horror de la guerra y de la desigualdad? Esto lo va a recoger, mucho más tarde, Rousseau, que saca sus conclusiones: ¿por qué el hombre ha llegado en la vieja Europa a su lamentable situación, cuando, por naturaleza, era bueno?, ¿qué le corrompió, que lo ha desnaturalizado? La respuesta que da es simple: la sociedad es la culpable. No se pregunta Rousseau ¿quién hizo la sociedad?, pero de allí surge una consecuencia: ¿qué debemos hacer para devolver al hombre su bondad natural, para curar los males que le corrompieron en el Viejo Mundo? De allí surge la idea de que hay que cambiar la sociedad y es ésa la semilla de la revolución.

La idea de la revolución nace de la semilla americana, como la idea de la independencia es una idea americana. Con esa idea va a crearse la Era de las Revoluciones, de ella van a salir la Revolución Americana, la Revolución Francesa y, más tarde, la Revolución Rusa y la Revolución China, de modo que, sin forzar demasiado las cosas, podríamos decir que Carlos Marx es un nieto tardío de Cristóbal Colón.

El impacto que tiene el hecho americano en el mundo es inmenso, no sólo por el hecho de que empezaron a llegar maíz, papas, oro y plata, sino porque cambió la mente de los hombres. Surgieron preguntas, sintieron angustias, se plantearon cuestiones que perturbaron la conciencia europea y que contribuyeron a crear lo que es hoy el mundo moderno.

Ese gran hecho malentendido, desde el comienzo planteó problemas de conciencia. El Descubrimiento va a provocar repercusiones muy importantes, por ejemplo, la creación del Derecho Internacional. A nosotros nos cuesta mucho trabajo meternos en el pellejo de un hombre del siglo XVI, ellos eran como eran y nosotros somos como somos. Los hombres del siglo XVI eran profundamente religiosos, creían en el Infierno y en la Vida Eterna y sentían que se estaban jugando la salvación del alma. Cuando un soldado español caía herido, no pedía auxilio, sino confesión, porque lo importante era salvar el alma. Esa peculiaridad va a crear un problema que no se le ha planteado a ningún poder imperial del mundo, ni antes ni después, sino solamente a España. ¿Tenemos el derecho de estar allí, tenemos derecho de quitarles esas tierras a los que las poseían naturalmente, quiénes eran los indios, hijos de Dios? Esto llega a las juntas de teólogos y juristas desde la época del Rey Fernando, y se debate el problema de los Justos Títulos. ¿Podría el Rey de Castilla tomar posesión de esas tierras, sin comprometer su conciencia, sin ir en contra de la ley divina? Esa cuestión no se planteó nunca en ninguna época imperial y en 1550 llegó a tal extremo que Carlos V manda detener la conquista, luego se encuentran explicaciones, pero, de esta polémica, que la va a ampliar Bartolomé de las Casas, surgirán una serie de cosas de las cuales somos los herederos. Va a surgir la noción de que existe un derecho internacional, de que todos los hombres son iguales, de que todos tenemos unos derechos inherentes. Eso no nace de la declaración francesa de 1789, sino del examen

de conciencia que se hace el padre Vitoria, que se hace Bartolomé de las Casas, y que, curiosamente, para lo que sirvió finalmente, fue para hacer daño a España. Lo que ha debido ser una gloria para ella y para el mundo hispánico, el que hubiera tenido esos problemas de conciencia, se convirtió en el acta de acusación para ella. La Leyenda Negra sale de allí, proviene directamente de ese examen de conciencia. No sólo aparecen las ideas de los derechos del hombre, de la igualdad, sino que también va a aparecer otra serie de consecuencias que repercutirán en Europa y que la cambiarán como en la colonización romana de Occidente pasó, pero no en un siglo, sino en más de un siglo. Se crea una comunidad, el español que llega: ya no es el mismo que se quedó en España, y cuando regresa no lo ven igual, es un indiano, es otra cosa, adquirió otros hábitos, otra mentalidad, ha entrado en contacto con otras gentes; y el hijo del español, de madre española, o india o negra, es otro hombre que ha nacido en otro medio cultural, pero mantiene fundamentalmente su herencia española. Si existiera un manual de colonización, que creo que nadie ha tenido el valor de escribirlo, debería decir en su primer capítulo: «No meterse con las creencias locales, fingir que se respetan y admiran». Precisamente ese fue el artículo que violó Hernán Cortes ipso facto, al desembarcar en la costa mexicana, porque lo primero que hace no es congraciarse con los indios, sino subir al primer templo maya que encuentra y ante el atónito asombro de todos aquellos hombres que creían en estas divinidades, es lanzar aquellos ídolos de piedra por la escaleras abajo y poner una cruz y una imagen de la Virgen. Era un desafío insensato, pero no en un hombre como Cortés, un español del siglo XVI, porque la Conquista de América, en la que ocurrieron tantos horrores, tenía profundamente un fin espiritual. Era la prolongación de lo que había sido en España la guerra de la Reconquista, que fue ante todo una guerra religiosa. La empresa de la Reconquista no la hicieron los reyes cristianos del norte de España, simplemente para anexas territorios, sino para acabar con los infieles, para imponer la verdadera religión, para quemar los Coranes y cerrar las mezquitas. Y eso es lo que también hacen en América. La conquista de América fue una empresa fundamentalmente religiosa, sin prescindir de la codicia del oro y de la riqueza. Esto permite explicar cómo aquel inmenso continente, al cual durante el siglo XVI no pasaron más de 150.000 españoles, y que debía tener en ese momento una población indígena estimada entre 10 y 12 millones de habitantes, se hace cristiano en una generación, y los indios mexicanos que estuvieron durante siglos orando a Huitzicoplos II empezaron a andar de rodillas durante kilómetros para llegar al Santuario de Guadalupe.

Eso es muy importante, no tiene precedentes en ninguna otra conquista como no sea precisamente la musulmana. Este mimetismo de la Guerra Santa, que los cristianos adoptan frente a los musulmanes, repite el mecanismo de la formación del Islam. ¿Cómo se creó el mundo árabe, cómo adoptó una sola lengua y una sola religión, impuesta por las armas?